

8^{ta} +
35
leg. 15
1190
No. 33

Eduardo de Lustonó

LA FFE

NARRACIÓN DEL SIGLO XV

PREMIADA

EN EL PRIMER CERTAMEN LITERARIO

celebrado por la

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE



MADRID

Romero, impresor, Tudescos, 34.—Teléfono 875.

1892

UVA. BHSC. LEG 15 n°1190

LA FE

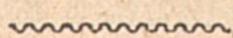


NARRACIÓN DEL SIGLO XV

UVA. BHSC. LEG 15 n°1190



INTRODUCCION



¿Quién eres tú, instinto generoso,
Que el dulce nombre de virtud pretendes?

¿Quién eres tú, destello luminoso,
Que en viva llama el corazón enciendes?

¿Me preguntas quién soy? Abre la historia
Y por doquier tropezarás conmigo.
Yo soy la libertad, yo soy la gloria,
El progreso del mundo es mi testigo.

Yo fabriqué con pompa soberana
De Salomón el templo refulgente;
A mi soplo la Menfis africana
Clavó en el cielo la robusta frente.

Yo derrumbé el altar del paganismo
En el fúnebre polvo del sudario,
Yo inspiré al Redentor tanto heroísmo
Y yo planté la Cruz en el Calvario.

Por mí la casta virgen resistía
El martirio brutal, firme y serena:

Por mí el anciano con valor moría
Del ancho circo en la sangrienta arena.

Yo derribo murallas seculares,
Fortalezas y montes de granito,
Y hasta en los senos de los turbios mares
Penetro con mi númen infinito.

Yo animé de Colón el pensamiento,
Yo le dí norte en las revueltas olas,
Yo impulsé sobre el líquido elemento
Las pobres carabelas españolas.

En el combate de asechanzas rudas
Yo sostuve al marino valeroso,
Y en día triste de mortales dudas
Hice tronar el bronce victorioso.

¿Saber mi nombre quieres? No te espante.
Yo me llamo la Fe, mi antorcha brilla
En la convulsa espalda del Atlante
Y mi gloria en el cetro de Castilla.

.....
.....
.....

Una reina entregó con mano santa
Sus joyas á Colón!... *Escucha, espera,*
No me cantes á mí, si quieres, canta
Al noble arranque de Isabel primera.



El cerco de Granada.

I

Agoniza el siglo quince,
Y antes de entrar en la vasta
Sepultura de los tiempos
Hace profesión cristiana.
Sobre la caduca frente
Ostenta, en fulgor bañada,
La corona de ambos mundos,
Que es la corona de España.
Y al hundirse para siempre
En lecho de cimitarras,
Llevando la Media luna
Prisionera en su mortaja,
Lega á Guttenberg su gloria
Y lega á Colón su fama.

II

—¿De dónde son esas crestas?
—Pues son de Sierra Nevada.

—¿Qué río es aqueste?

—El Darro.

—¿Y estotro?

—El Genil se llama.

—¿Y esos altos minarettes?

—Las mezquitas de Granada.

—¿Se oye así, de cuando en cuando,
como ruido de bombardas?

—Es la gruesa artillería
De las tropas castellanas,
Que va cegando los fosos
Y rompiendo las murallas.

III

Largo y apretado sitio
Sufre la hermosa sultana
Que ostenta en sus maravillas
El palacio de la Alhambra.
Mucho valor tiene el moro
Avecindado en la plaza;
Recia puerta le defiende,
Cerrado muro le guarda...
¿Oyes? ¡Castilla vocea
Sobre el adarve asomada!...
Zegríes y Abencerrages
Añejas rencillas calman,
Partiendo como centellas
A defender la Alpujarra...

¡Trabajo estéril el suyo,
Al fin se rinde Granada!
¡Tras de ocho siglos de lucha,
Escrita por Dios estaba
En el libro de la historia
La reconquista de España!
En vano Boabdil el Chico
Predica la guerra santa,
En vano el valiente Muza
Los espíritus inflama,
Pues que la tromba argelina
Y el rayo de las Arabias,
Van de rebote á estrellarse
En las costas mauritanas.
Bien el moro se defiende,
Mejor el cristiano ataca,
Pelean dos religiones
Y se disputan dos patrias.

Corta noche veraniega
Huye veloz; rompe el alba
Ardiente día de Julio,
Y se oye el toque de diana.
Sobre la mezquita entona
El *muezzin* su plegaria,
Y el sacerdote cristiano
A la misa se prepara.

Suenan cajas y clarines
En las huestes castellanas,
Y á la puerta de una tienda
Que se mira blasonada
De armas reales, aparece
Entre una corte bizarra
De nobles y de guerreros,
Una hermosísima dama.
Lleva férrea armadura
Sobre el corpiño y la falda;
Por diadema, duro casco
Y al cinto pendiente espada.
Son sus ojos dos luceros,
Su color la luna blanca,
Dióle el sol su cabellera
Y su continente Palas.
¿Qué dama es aquesta? ¡Cielos!
Es la augusta Soberana
De León y de Castilla,
Que no teme á las batallas.
Es doña Isabel primera,
La mujer extraordinaria
¡Ornamento de su siglo
Y gloria de las Españas!
El toque de los clarines
Hora de misa señala
Y la Reina de Castilla,
Que blasona de cristiana,
Seguida de sus magnates

Hacia el campamento marcha.
Capitanes y soldados
Con entusiasmo la aclaman,
Y ella reparte sonrisas
Y dulcísimas miradas.
En la meseta de un cerro,
De banderas musulmanas
Alfombrado, se divisa
Un altar; y sobre el ara
La pintura de la virgen
Y un crucifijo de talla.
Media docena de cirios
Oscilantes por las auras,
Pálidos y moribundos
Al fulgor de la mañana,
Cárdena luz sobre el cerro
Chisporroteando irradian.
Un fraile de edad provecta,
Y de estatura elevada,
Con uno de esos semblantes
Que el espíritu retratan,
Ostentando noblemente
Las vestiduras sagradas,
Al pie del altar espera
Que llegue la Soberana
Para dar con su permiso
Comienzo á la misa de alba.
A la derecha del fraile,
Con la rodilla apoyada

Sobre un pendón berberisco
Cogido frente á Canarias,
Un hombre de noble aspecto
Y de presencia gallarda,
Madura ya por los años,
Deslucida y blanqueada
La cabellera abundosa
Que le llega hasta la espalda,
Escultural la cabeza,
Noble, majestuosa y brava
Como el audaz pensamiento
Que sus órganos inflama,
Los ojos fosforescentes
Y azulados, como el agua
De los mares, como el piélago
Que bulle dentro de su alma;
Mostrando en su tersa frente
La firmeza y la constancia,
Y el relámpago del genio
En su potente mirada,
¡Quizá absorto en sus ideas,
Quizá fluctuando en las ansias
De un terrible desengaño,
Mudo y silencioso aguarda,
Por ver si brilla en los cielos
Un rayo de su esperanza!
—Colón, ¿en qué estáis pensando?
Le dice el fraile en voz baja.
—¡Pienso, señor, le responde,

En ausentarme de España!...
Un viva marcial cundiendo
Por banderas y mesnadas
Anuncia, atronando el aire,
De la Reina la llegada.
Aparece sobre el cerro
La heroína castellana,
Y dáse con su licencia
Comienzo á la misa de alba.

IV

Promediando va la misa;
Las aves de la mañana
Con dulcísimos gorgeos
La ceremonia acompañan,
Y al tiempo que el sacerdote
A Dios en sus manos alza,
Por las ventanas de Oriente,
Teñidas de ópalo y grana,
Sale el sol y deposita
Un beso en la hostia sagrada.
El oficiante bendice
Campo, cerco, huestes y armas;
Termina la ceremonia,
Y entonces la Soberana,
Aproximándose al fraile,
Le dirige estas palabras:
—Dirás á tu protegido

Cristóbal Colón, que vaya
Sin espacio ni demora
A mi tienda de campaña.
—Está muy bien, le contesta
El fraile, que es de la Rábida
Guardián, y luego, fijando
En Colón una mirada,
Rápido le comunica
El triunfo de su esperanza.

V

Del ancho cerro la Reina
Por la fácil cuesta baja,
Y revistando las tropas
Atraviesa la esplanada.
De pronto el combate fiero
Rompe en furiosa algazara,
Y los roncos atabales
Bélico estruendo levantan,
Y temblando el agareno
Sobre la rota muralla
Oye el crujir de las minas,
Y el tronar de las bombardas.
Y ve con fúnebres ojos,
Murmurando una plegaria,
Hundirse la Media luna
Y capitular Granada.



La entrevista.

Luchando con la emoción
Que lo embarga y lo enajena,
Del brazo de fray Marchena
Entra en la tienda Colón.

Por la Reina de Castilla
Es recibido al instante,
Y de la Reina delante
Dobla Colón la rodilla.

Y aquel genio del arcano
Por quien el mar gime opreso,
Una lágrima y un beso
Imprime en la regia mano.

Alza al marino inmortal
Del suelo Isabel primera,
Y le habla de esta manera
Indicándole un sitio:

—El que piensa dueño ser
De los mares de Occidente,
Es muy justo que se siente

Ante una pobre mujer.

Colón, desde que te oí,
Me sentí en la llamarada
De tu genio iluminada,
Que era ciega. hablaste y ví.

Ví como tú, tras la zona
De ese apartado hemisferio,
La existencia de un imperio
Mayor que el de mi corona.

Y ví en la densa neblina
Del Poniente misterioso,
Dormir en blando reposo
Una tierra peregrina.

Y evocado por la Cruz
Levantarse un Nuevo Mundo
Allá en el lecho profundo
Donde agoniza la luz,

Y uncirse al cetro español
Del mar la región extrema,
Y pasear mi diadema
En la carroza del Sol.

Esto ví, y esto soñé;
Que es verdad, que no es locura,
Tu ciencia me lo asegura
Y lo predice mi fe.

Corre, pues, surca el Atlante;
No vaciles, darte quiero
Carabelas y dinero
Y el título de Almirante.

¡Dios te inspira! ¡Dios te lanza!...
Pero al hallar á tu paso
Ese mundo que al Ocaso
Duerme como una esperanza,
¡No olvides que del Señor
Viene toda maravilla,
Y que sobre todo brilla
El lábaro redentor!

Dice, y abriendo después
Rico mueble de Estambul,
Saca un cofrecillo azul
Y lo entrega al Genovés.

En vano á Isabel primera
Pretende el marino hablar;
¡Que no puede articular
Ni una sílaba siquiera!

Mas del alma á la virtud
Confía, puesto de hinojos,
Que á raudales por los ojos
Expresa la gratitud.

Y mientras el náuta llora
Y la Reina lo bendice,
Se aproxima el fraile y dice:
—¡Dios os lo pague, Señora!
Entonces con majestad
Alzase Colón del suelo,
Dirige la vista al cielo
Y exclama: — ¡Todo es verdad!
¿Cómo no? ¡Si tu fe ardiente,

Tu sola fe, bastaría
Para formar en un día
Esas costas de Occidente!

Las barreras franquearé
Del asiático hemisferio.
La ciencia busca un imperio,
Sea su antorcha la fe.

Que allá á la poniente luz
Donde el Antártico brilla,
Hay tierras para Castilla
Y hay pueblos para la Cruz.

Y ciego por la emoción
Que lo embarga y lo enajena,
Del brazo de fray Marchena
Deja la tienda Colón.





El triunfo de la Fe.

I

Diz la gente de Granada,
Que fué su Alhambra moruna
Por las Hurís fabricada,
En una noche callada
Al resplandor de la luna.

Diz que en las altas regiones
Mahoma les dió el modelo
El paraíso sus dones,
Puntillas el blanco cielo
Y el hirviente mar festones.

El alcazar esplendente
Tomó de un alba riente
Meláncolico arrebol,
Y de una puesta de sol
Luz, color, vida y ambiente.

Para sus reyes crearon
Tan hermosa maravilla;

Y en esto se equivocaron,
Porque al fin la conquistaron
Los Monarcas de Castilla.

Cayó el estandarte infiel,
Y en el alto chapitel
Del minarete calado,
Clavó su pendón morado
La Católica Isabel.

Que allá sobre enhiesta roca,
Camino de la Alpujarra,
Río de espuma la boca,
León sin dientes ni garra
Que ya su impotencia toca,
A los diurnos reflejos
Que hieren la alta colina,
Viendo lucir á lo lejos
Los pintados azulejos
De su Alhambra peregrina,
Surge la silueta airada
Del rey moro, sollozando
Sobre la roca pelada,
Y en un suspiro enviando
Su último adiós á Granada.

II

En la gran mezquita mora
De la Alhambra encantadora

Donde á Cristo se venera,
Se halla al despuntar la aurora
La Reina Isabel primera.

Rezando está con fervor
Ante la bendita Cruz,
Mientras del alba el fulgor
Esparce á su alrededor
Ténue y vacilante luz.

¿Por quién rezando estará
La Reina tan de mañana?
¡Pía costumbre quizá!
¡Silencio! A decirlo va;
Escucha á la Soberana.

—¡Señor y Dios de Israel,
Que enfrenas la mar bravía,
No abandones su bajel,
Piensa ¡oh Dios! que van con él
Tu propia gloria y la mía!

No me ciega la ambición,
No es terrenal egoismo,
Es que al ir á esa región
Lleva en su mano Colón
La antorcha del Cristianismo.

Es, Señor, que en mi sentir
En ese apartado suelo
Hay almas que redimir,
¡Almas que deben subir
Purificadas al Cielo!

¡Seis meses ha que partió

El intrépido marino!
¿Qué fué dél? ¿En qué paró?
¿Llegó á tierra, ó pereció
En su desierto camino?.....

Dice, y dobla con pesar
La alba frente en el altar,
En cuyo lino sutil
Brilla, cual luna gentil
Sobre la espuma del mar.

Nueva oración fervorosa
Emprende absorta y sin calma,
Mas de pronto misteriosa
Suena esta voz religiosa
En lo profundo de su alma:

Mitiga, dice, ¡oh Reina! tus pesares
Y ante la Fe tu corazón humilla,
Que ya tienes, por rara maravilla,
Tierras inmensas, pueblos á millares.

Roto el misterio de los anchos mares,
Bajo el noble estandarte de Castilla,
El Nuevo Mundo majestuoso brilla
Y la Cruz del Señor en sus altares.

Haciendo ya la vuelta del camino
Torna Colón, trayendo á tu presencia
La victoria amarrada al fragil pino.

¡La mitad de ese mundo es de la ciencia!
¡La otra mitad se debe á tu destino
Y á la Fe que te dió la Providencia!

Calló la voz, y radiante
De alegría y de ventura,
Vió Doña Isabel, delante
de sus ojos, la figura
Del inmortal navegante.

Y en febril exaltación
Ve engastarse á su corona
El Mundo de otra región,
Y entrar Cristóbal Colón
Victorioso en Barcelona.



UVA. BHSC. LEG 15 n°1190

UVA. BHSC. LEG 15 n°1190